



Fuente: Revista Emma, No. 21, enero-febrero 2008, Deuche, p. 70

Beauvoir-Sartre: ¿una pareja emblemática?

Florence Thomas

Psicóloga, Profesora Titular (P)
Universidad Nacional de Colombia,
Coordinadora del grupo Mujer y Sociedad

Ante todo quiero explicarles por qué escogí este tema particular entre muchos otros posibles, para hablar de Simone de Beauvoir. La problemática del amor y de los estragos que provoca en la población femenina se ha vuelto casi una obsesión para mí, y cuando decidimos organizar un coloquio para conmemorar los cien años de Simone de Beauvoir, no dudé un minuto en tratar de comprender lo que habían construido y vivido juntos estos dos personajes que habitaron

tan plenamente el siglo XX y cuyos aportes marcaron tanto mi generación. Ahora, no sé si estaré a la altura de las expectativas pues hablar de la relación Beauvoir-Sartre, recrear lo que realmente construyeron desde la intimidad estos dos monstruos de la literatura, de la sociología, de la filosofía y de la teoría feminista, es probablemente una tarea que tal vez me queda grande. Porque es de esto que les voy a hablar: de su relación en cuanto seres humanos, seres presos del amor, pero presos también de la inconformidad, de la absoluta necesidad de rompimiento con lo conocido y de su decisión de extraviarse en senderos desconocidos tratando de vivir libres y autónomos sin sacrificar esta imperiosa necesidad del amor.

Pero tal vez antes de abordar el tema, quisiera hacer claridad en relación con lo que no les voy a contar: porque no voy a hablar ni de sus escritos, ni del existencialismo, ni de *La mujer rota*, ni de *El segundo sexo*, sino de su relación, de su legendaria, emblemática e intensa relación. Y creo que si logro decir algo de esto lo debo al hecho de que ni Simone de Beauvoir, ni Jean Paul Sartre pertenecieron a la generación de los computadores, de los teléfonos celulares o del maldito correo virtual. No, Beauvoir y Sartre se escribieron con tinta y papel blanco, tomando tintos y fumando muchos cigarrillos, en cafés, en cuartos de hotel, a veces separados por miles de kilómetros o solo por algunas cuerdas en París. Se escribieron miles de cartas que reposan en archivos privados o públicos. También miles de cartas a sus amigos, amigas, amantes y familiares. Y para decir algo de ellos me apoye, entre otras

fuentes, en el libro de la famosa biógrafa Hazel Rowley quien, a través de entrevistas de primera mano y del estudio del abundante material inédito de las miles de cartas, nos cuenta lo que, creo yo, aún no había sido contado: la relación íntima de estos dos seres humanos, una relación que llamé "emblemática". Me pregunto a veces si tendríamos los materiales que tenemos hoy día si estos dos locos de las ideas hubieran existido en los tiempos del Internet o de los teléfonos celulares; lo dudo.

He considerado dividir en dos partes esta reflexión. En la primera parte traté de repartir, de manera artificial por cierto, en siete etapas, los 50 años que Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre estuvieron juntos. Y lo hice porque la historia de los dos no se puede separar de grandes eventos nacionales e internacionales que impregnan de manera muy significativa su relación. En una segunda parte trato entonces de preguntarme en qué, por lo menos para mi generación, esta pareja fue, y sigue siendo, emblemática.

Algunas etapas de la vida de Simone y Sartre

Describiré entonces de manera breve y lógicamente demasiado esquemática algunos momentos importantes de sus vidas. Mi manera de separar estas etapas es, como ya lo mencione, aleatoria. Y si me detuve algo más en la primera es porque fue el momento de la construcción del famoso pacto.

Llamé la primera etapa de su encuentro “mi dulce amor” o el pacto: 1929-1939. Simone nace en enero de 1908. En 1929, tiene 21 años. La relación de la joven Simone de Beauvoir, niña burguesa y mimada, con Jean Paul Sartre, se inicia realmente en 1929, cuando los dos son recibidos brillantemente a la *agregation* de filosofía¹ En ese momento ella ya había amado, no era virgen y, de alguna manera, intuía que para las mujeres el amor tenía un precio y sabía que había algo en ella que ningún hombre estaría dispuesto a aceptar. Él, futuro autor de una nueva filosofía, el existencialismo, con una infancia y adolescencia distinta a la ella, mucho menos confortable, tenía la conciencia de ser feo y había decidido que si no podía seducir a las mujeres con su físico, al menos lo haría con el discurso, con las palabras.

Y el discurso, las palabras, *les mots* van a jugar un papel preponderante en sus vidas. De alguna manera se amaron por medio de las ideas. Desde que se conocieron no dejaron de hablar, de intercambiar, de debatir, de escribirse y de dejarse intoxicar por las ideas. Dos adictos a las ideas, casi intoxicados desde el principio. Es entonces en ese momento que un pacto entre los dos se esboza. En sus interminables paseos y discusiones en los hoteluchos y cafés donde se encontraban, ella había entendido que Sartre no le iba a ofrecer un amor convencional pues conocía su teoría de la libertad y de la contingencia. Cada individuo tenía que asumir su libertad y crear su propia vida. El no iba a permitir que ningún código preestablecido determinara sus existencias. Y a Beauvoir, con sus 22 años, le parecía una filosofía maravillosa... No

sabía todavía el precio que iba a pagar por serle fiel a esta filosofía. Pero fueron años de perfecta armonía amorosa. Cuerpos y almas. No, debería decir cuerpos e ideas.

En 1931, los dos son nombrados en liceos distintos como profesores de filosofía. Él, en Le Havre, y ella en Marsella, a casi 1000 kilómetros. Cuando ella supo de su nombramiento, entró en pánico. Es entonces cuando empiezan a escribirse. Se ven a menudo en periodos de vacaciones y viajan juntos. En sus cartas Sartre la llamaba, “mi dulce amor”, sin embargo ella confesaría después que su estadía en Marsella fue muy infeliz. Escribiría más tarde *“no quería dejar a Sartre porque en aquel momento lo amaba tanto pasional como intelectualmente y quería estar con él a todo momento”*. Afortunadamente ella se quedó poco en Marsella y fue nombrada en el liceo Jeanne D’Arc de Ruan, a 70 kilómetros de Le Havre. Se podían ver casi dos veces por semana. Seguían viviendo en hoteles y en cafés. Simone de Beauvoir inicia una profunda amistad con una de sus más brillantes estudiantes, Olga Kosakiewicz que Sartre seduciría pronto. Fue el inicio del trío que Simone cuenta algo más tarde en la novela titulada *L’invitée*. Para entonces ya había entendido que el pacto era en serio, nada que ver con un camino de rosas. Ella escribe entonces *“sentía una agonía que iba mucho más allá de simples celos”*. Estamos en 1939 y Simone empezaba a vivir los estragos del pacto mientras se declaraba la segunda guerra mundial.

Después vino la guerra: 1939-1945 como una segunda etapa importante de sus vidas. Todos los amigos de Simone y de Sartre se van a la

guerra. Sartre también, aun cuando es reservista. *"Si lo matan, dice Simone, me suicido"*. No tendrá que suicidarse. Y Sartre escribe *"Si fuera necesario sentir hasta qué punto nosotros somos uno, esta guerra fantasma tendría al menos la virtud de hacérselos evidente"*. En otra carta durante la guerra escribe también *"usted no es algo en mi vida, ni siquiera lo más importante, porque mi vida ya no me pertenece, porque... usted siempre será yo"*.

Y esto es a los 10 años de conocerse. Cuando las cartas se demoraban más de 3 días, se enfadaban y maldecían. A pesar de los amores de Sartre y Wanda, hermana de Olga, la guerra representó un período de intenso amor entre Sartre y Beauvoir. En 1941 Sartre vuelve a París. De esta fecha hasta el final de la guerra, son momentos importantes para Beauvoir y Sartre y de múltiples contactos con la intelectualidad parisiense, —André Malraux, André Gide, Albert Camus, Louis Aragon, Boris Vian y su mujer Michelle, André Breton, Merleau-Ponty, Jean Cau, Picasso, Edgar Morin, Jean Toussaint-Desanti, Georges Bataille, las hermanas Kosakiewicz (Olga y Wanda) y muchos otros menos conocidos pero todos brillantes— contactos también con la resistencia y con la escritura en los cafés de París, entre los cuales está el famoso Café de Flore. Es también el inicio de la fama para los dos, ella con sus novelas *La invitada* y *La sangre de los otros* y Sartre con varias obras de teatro y *La edad de la razón* además de la revista *Les temps Modernes*. Sus nombres están en todas partes y el existencialismo se convirtió en un tema de conversación para la intelectualidad parisiense.

Un tercer momento importante en la vida amorosa de Simone de Beauvoir fue la invitación a Estados Unidos en 1947 a dictar una serie de conferencias. Importante porque Simone se va encontrar con Nelson Algren, su otro gran amor, un amor distinto, más convencional, pero no menos intenso que lo que conoció con Sartre. De este amor no hablaré pues está prevista una charla sobre Simone y Nelson Algren. Ese amor además será contado y novelado en *"Los mandarines"* en 1954, novela que ganará uno de los premios literarios más famosos de Francia, el premio Goncourt.

De vuelta a París Simone inicia la escritura de "El segundo sexo". Y esto representa una cuarta etapa de su vida. El primer tomo de esta monumental obra se publica en junio de 1949. Fue un momento difícil para Simone pues la atacaron por todos los flancos. Cito algunos calificativos a los cuales tuvo derecho Simone. Dice ella: *"yo lo era todo, insatisfecha, frígida, ninfómana, lesbiana, cien veces abortista, incluso madre soltera"*. El Vaticano puso el libro en su lista negra, no obstante Simone de repente se vuelve famosa, demasiado famosa, asediada por los medios mientras Sartre casi vive con Michelle Vian, la esposa de Boris Vian, y ella, Simone, recibe a su amante, Nelson Algren en París. Son años de amores contingentes para los dos, aun cuando el amor de Simone por Nelson Algren se asemeja también mucho a un amor necesario; con él vive algo que no le pudo dar Sartre. Pero volveremos sobre esto más adelante. Sin embargo y a pesar de todo, el pacto sigue funcionando y mientras Simone vive sin saberlo aun los últimos momentos de amor con Nelson

Algren de vuelta a Estados Unidos, le escribe a Sartre *"La novedad, el idilio y la felicidad de mi vida están con usted, mi pequeño compañero de veinte años"*.

Y llegan los años 50, una quinta etapa. Son años de mucho trabajo, muchas reuniones de la revista *Les Temps Modernes*, mucha resignación y de algunas depresiones de Simone ante las infidelidades repetidas de Sartre que sigue de nuevo con Wanda, pero también con la esposa de Boris Vian, entre otras. Simone tiene 44 años y a veces piensa haber sido relegada al territorio de las sombras. De alguna manera ella vivía lo que había escrito en *El segundo sexo* cuando describía con crudeza la apremiante situación de las mujeres mayores. Sin embargo los dos siguen tomando vacaciones juntos, casi siempre en Italia. En 1955, Simone compra un apartamento en París con la plata que ganó con *El segundo sexo*. Viajan a China. Y viven intensamente la guerra de Argelia.

Otra etapa la marca la década de los 60. Viajan a Moscú. Sartre se enamora de su intérprete, Leona Zonina, amor que dura de 1962 a 1966; sin embargo en 1962, Simone escribe en *La fuerza de las cosas* *"he tenido un éxito indudable en mi vida: mi relación con Sartre. Durante más de 30 años, solo una vez nos fuimos a dormir enemistados"*. Tiene 56 años. En 1965, Sartre adopta una hija, Arlette Elkaim.

Llamé a la última etapa: "la ceremonia de los adioses". Los años 70 y 80. Los dos están en la sesentena. Los años 70 representan años de intensidad para Simone pues el movimiento

feminista francés, en el cuál ella participa, esta en un momento álgido, mientras la salud de Sartre decae rápidamente. A sus 68 años, Sartre se vuelve completamente dependiente de los demás. Pierde poco a poco la vista y ya casi no puede caminar. Simone y Arlette, lo cuidan y se turnan para estar con él día y noche. La vida de Sartre como escritor se acabó por completo. Simone era entonces sus ojos; le leía casi todo lo que él tenía que leer. En 1975, el periódico *"Le Nouvel Observateur"* publicó una entrevista con él. En un aparte de la entrevista, Sartre habló de su relación con las mujeres y dice lo siguiente. *"Hay varias mujeres en mi vida. Y aunque en cierto sentido Simone de Beauvoir es la única, en realidad hay varias"*. Un poco más adelante dejó en claro que su relación intelectual con Simone lo había sido todo para él. *"...Simone era la persona perfecta con quien hablar, algo que sucede muy raramente. Fue mi única verdadera fortuna..."*

En el 1977, la salud de Sartre sigue decayendo y los médicos le dicen que van a tener que amputarle primero el pie y luego la pierna si no deja de fumar y de beber. Sartre siguió fumando y bebiendo. Simone lo atiende sin desfallecer. Los últimos días Sartre esta en el hospital atendido por los mejores médicos pero ya no hay mucho que hacer. Simone está ahí, tomando Valium para aguantar el dolor. Sartre muere en 1980 y el día de su entierro, en medio de una inmensa manifestación, Sartre no tiene sino una mujer: Simone, su viuda pública. Ese día, derrumbada por el dolor, Simone asume el duelo sin lágrimas, con grandeza. Al otro día tuvo que ser hospitalizada, estaba como paralizada. Cuando

logró recuperar algo de fuerzas, publicó en 1981 *La ceremonia de los adioses*, el único libro que Sartre no pudo leer antes de que se imprimiera. Ese libro representa el prolongado adiós al hombre que había amado. Sin sentimentalismos, describe el deterioro físico de Sartre con su habitual preocupación por describir la verdad, por dura que fuera. Por esto mismo, recibió muchas críticas.

Dos años después publica las cartas que Sartre le había escrito a lo largo de los años.

En 1986, Simone fallece a causa de un edema pulmonar.

Sartre y Beauvoir reposan juntos en el cementerio de Montparnasse.

(...) **En sus interminables paseos y discusiones en los hoteluchos y cafés donde se encontraban, ella había entendido que Sartre no le iba a ofrecer un amor convencional pues conocía su teoría de la libertad y de la contingencia. Cada individuo tenía que asumir su libertad y crear su propia vida** (...)

Sartre-Beauvoir: ¿una pareja emblemática?

La historia de Sartre y Beauvoir no es una historia de amores y amantes convencionales que casi siempre mueren en un tedio irremediable; no es tampoco una historia de pasión tradicional cuya

única dinámica es la muerte. Sartre y Beauvoir no son ni Tristan e Isolda, ni Eloisa y Abelardo, ni Romeo y Julieta, ni María y Efraín, ni siquiera Lou Salome y Nietzsche, ni Frida Khalo y Diego Rivera, ni Camilla Claudel y Rodin. Todos estos amantes y muchísimos más que no nombro, le pidieron al amor lo que el amor no les podía dar, quisieron todo del otro, y en consecuencia se quedaron a menudo devorando el vacío, enloquecieron y tuvieron que hacer frente todos y todas a verdaderos duelos de muerte, simbólicos o reales.

Sartre y Beauvoir, de alguna manera, lograron no repetir la eterna historia de amores que producen más estragos que goces e inventar un pacto que les permitió sobrevivir en medio de encuentros azarosos y nómadas, a menudo felices y gozosos, algunas veces difíciles y amargos. ¿Cómo lo lograron? es la pregunta a la cual trataré de responder ahora y lo haré desde una perspectiva muy personal en relación con una de las más bellas historias de amor que me haya dado conocer y cuyo impacto marcó, creo yo, profundamente mi vida además de la de muchas mujeres de mi generación.

De hecho estas dos existencias unidas por un extraño amor alrededor de una doble pasión, —inventar su vida y hacer que nos hable, — lograron, por lo menos conmigo, su cometido. Me hablaron, y tal vez por esto, entre todos los temas posibles para hablar de Simone de Beauvoir y particularmente el tema de *“El segundo sexo”* sin el cual el feminismo no hubiera estallado en el mundo entero, escogí decir algo de esta pareja mítica.

Fui psicóloga antes de ser feminista y lógicamente sé que hubiera sido pertinente hablar de las infancias de estos dos, infancias bien distintas la una de la otra, feliz para Simone, —ella lo repite centenares de veces—, difícil para Sartre, para empezar a entender algunas cosas de su particular manera de enfrentar la vida y el amor. Sin embargo no lo haré pues sería una empresa demasiado compleja para lo que me propongo contarles.

Me situaré de una vez en 1927 cuando se encuentran para preparar *la agregation* de filosofía. Ya son seres excepcionales que devoraban la vida. Ella tal vez más que él. Simone ya había amado, en especial a su primo Jacques, y ya había entendido que era imposible conciliar el amor con la inquietud, y a los 18 años ya se había prometido no abdicar nunca nada. En este sentido, y como ella lo dice, su encuentro con Sartre no podía ser más oportuno: *“Una inmensa suerte me acababa de ser regalada.... Ya no estaría nunca sola, con él podría compartir todo, siempre”*.

Una suerte que dura 50 años es ya más que una suerte, es una existencia marcada por una verdadera concepción del amor que logró atravesar vientos y tempestades y dejarnos elementos que cada uno, cada una, deberá aprender a leer y adaptar a otros momentos y condiciones de existencia.

Simone, de hecho conoce a Sartre cuando se ha vuelto capaz de vivir ese encuentro. Estaba lista intelectual y subjetivamente para ese complejo y difícil personaje que será su eterno amante. Pero ahí tenemos que volver a hablar del pacto.

Un pacto que se enmarca casi perfectamente en lo que se llamará algo más tarde, el existencialismo y que se construye con todos los futuros ingredientes de esta filosofía que marcó tan profundamente los años 60 en Francia. Ingredientes de un constante ejercicio de una verdadera libertad, y vale la pena recordar ahí una de las frases magistrales del existencialismo “Libre, el hombre es libertad; el hombre está condenado a ser libre, solo, y sin excusas”, pero también ingredientes de compromisos políticos, de acciones y angustias. Y compromisos habrán por montones: con la revolución cubana, con los combatientes del Viet-Minh, durante el mayo 68 al lado de los estudiantes y obreros, con las feministas, en los años 70 con el manifiesto *des salopes*, con los maoístas, con Nelson Mándela en África del sur, con los *boat-people* etc. Libertad, compromiso, angustia, inteligencia y acción representan tal vez los ingredientes más difíciles o por lo menos, peligrosos, para el amor. Sin embargo son los que implícitamente lograrán reunir amorosa e intelectualmente estos dos adictos a las ideas.

Y a propósito de ese famoso pacto que ha hecho correr tanta tinta, quisiera referirme a un extracto de una entrevista hecha a Julia Kristeva por Françoise Collin²:

Françoise Collin – ¿Cómo pensar hoy la relación amorosa entre dos estructuras psíquicas tan diferentes como la de un hombre y la de una mujer? Y Julia Kristeva le responde: – Por medio de un contrato amigable. Parece terrible pero es imprescindible si queremos

pensar nuevamente el amor. Terrible porque supone individuos adultos y suficientemente fuertes para soportar la libertad del otro o de la otra, buscando cada uno por su lado, motivos, razones, objetos de gratificación y de satisfacción y al mismo tiempo, siendo capaces de establecer un mínimo de consenso y de relación con un partenaire constante, sin dejar de considerar que esto es un mínimo y que no podría ser lo absoluto o la totalidad. Françoise Collin le pregunta entonces. – ¿De alguna manera se trataría de una negociación? Julia Kristeva responde: – Sí. El aspecto contractual de la pareja me parece cada vez más evidente: una dependencia escogida que de alguna manera favorecería parejas provisionales. Kafka decía. “provisionalmente y para siempre” Él lo decía en relación a escogencias literarias y metafísicas pero creo que el amor nos debe llevar también a esto. Lo más fácil es lo “provisional”. Cuando es para toda la vida, se hace necesaria una negociación para introducir lo provisional.

Pues me parece que lo que nos dice Julia Kristeva es de alguna manera lo que trataron de hacer Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre desde el momento en que se conocieron.

Pacto intelectual por cierto, pero no solo. Estos dos se amaron intelectualmente, y esto es evidente para todos, pero también se amaron sensual y apasionadamente. Muchos críticos quisieron reducir ese pacto al solo aspecto

intelectual de dos seres excepcionales que tenían que enriquecer su relación por una atención maniaca al mundo, a las ideas y a sus obras respectivas. Tal vez sea cierto, pero ¿cómo imaginar sin algo profundamente sensual esas tardes y noches de ellos dos, en medio de tintos y vinos, de ceniceros llenos de colillas y de noches sin dormir, discutiendo hasta el alba, leyendo y releendo sin fin sus manuscritos hasta el amanecer cuando por fin se acostaban en la cama de un hotelucho parisiense, ebrios, angustiados y felices? Si esto no se llama también amor, entonces no entendí nada.

Sartre había explicado muy bien a Simone la diferencia entre los amores necesarios y los amores contingentes. Amores necesarios es decir, tal vez, los amores privilegiados y en el caso de los dos, ese amor que les permite seguir pensando a dos voces y su prioridad estaba ahí: pensar el mundo a dos voces y lo pensaron así hasta su muerte. Amores contingentes es decir los otros amores que pueden ser o no ser, amores provisionales, temporales y tal vez más precarios pero que, de alguna manera, definen también el pacto. Simone supo más temprano que tarde que Sartre no tenía ninguna vocación de monogamia. Ella sabía desde sus 21 años que le gustaba la compañía de las mujeres que encontraba menos cómicas y más complejas que los hombres. Y esto me hace recordar una frase de Cioran, ese filósofo del pesimismo que decía *“si prefiero las mujeres a los hombres es porque ellas tienen la ventaja de ser más desequilibradas, es decir más complicadas, más perspicaces y más cínicas, por no hablar de esta misteriosa superioridad que les confiere una esclavitud milenaria”*.

Sartre y Beauvoir habían decidido también que se dirían todo. Por cierto ninguno de los dos cumplió este preciso punto del pacto. Y evidentemente los dos conocieron los estragos de los celos. Hubiera sido inquietante por parte de los dos no conocer los celos. Y esto hacía parte del acuerdo pues nunca decretaron que el dolor fuera ajeno al pacto. Y sin embargo, a todo lo largo de sus vidas las cartas de Sartre a Simone —son miles y miles pues hubo momentos en los cuales se escribían a diario— se encabezaban por “mi dulce castor” o “mi dulce amor” o “mi pequeño castor”. Ahora es innegable que en el centro del pacto moraba un proyecto de una fuerza descomunal que probablemente fue uno de los secretos de su éxito. Un proyecto que quería abarcar todo, testimoniar de todo, discutir todo, no temer nunca las polémicas, y, como ya lo mencioné anteriormente, atender el mundo de manera casi maniaca. En esto Simone y Sartre fueron de una fidelidad total el uno con el otro. Nunca se juraron una eterna fidelidad tradicional que se asemeja a menudo a un canibalismo normativo sino que pactaron esta otra fidelidad en acuerdo con un verdadero ejercicio de la libertad. Difícil, sí, demasiado difícil para seres común y corrientes. Y no me avergüenza o deshonra confesarles que para muchas mujeres de mi generación, para mí en particular, representó una apuesta que perdimos, que perdí, sin entender muy bien porqué.

Y sí, Simone conoció los celos y sí, se enamoró también de otros hombres e incluso de mujeres. Mientras Sartre era un heterosexual sin matices, ella fue bisexual o más exactamente vivía plenamente una revolución sexual femenina que

se estaba gestando en la Francia de los años 60. Pero Simone conoció los celos con Olga, con Michelle, la mujer de Boris Vian, con Leona Zonina, estas tres mujeres que enamoraron profundamente a Sartre, entre muchas otras que Sartre seducía como uno de sus pasatiempos favoritos.

(...) El no iba a permitir que ningún código preestablecido determinara sus existencias. Y a Beauvoir, con sus 22 años, le parecía una filosofía maravillosa... No sabía todavía el precio que iba a pagar por serle fiel a esta filosofía. Pero fueron años de perfecta armonía amorosa. Cuerpos y almas. No, debería decir cuerpos e ideas (...)

Y nadie niega que los amores contingentes ocupaban un espacio enorme en sus vidas, pero este amor necesario para los dos está ahí, constante, con vacilaciones, pero nunca tan fuertes como para derrumbarlo. Sin embargo los amores contingentes lograron provocar estragos, particularmente para Simone que, con su pasión de la verdad, no podía ocultar sus duelos. Mientras que Sartre, quien había dicho que el infierno son los otros, se comportaba más en acuerdo con roles prescritos para los hombres de su época.

Es evidente que en cuestión de amores Sartre tuvo que romper mucho menos que Simone. En estos tiempos el aprendizaje de la libertad y de la autonomía para una mujer tenía otro precio que

para un hombre que al fin y al cabo cumplía los mandamientos culturales relativos a su lugar en el mundo, un lugar de sujeto mientras la mujer no era sino lo otro. Pero Simone de Beauvoir realizaba una ruptura con todo lo prescrito en cuestión de amores para las mujeres de su generación. Es desde ella que se puede hablar verdaderamente de un nuevo pacto amoroso que, más que un pacto representa una nueva ética del amor que se genera desde las mujeres y para las mujeres. Ella rompe los viejos ordenamiento de los sujetos y objetos amorosos; ella subvierte la tradicional circulación del deseo entre hombres y mujeres y, en ese sentido, ella es la verdadera protagonista del pacto. No Sartre.

Y si el pacto se mantuvo durante 50 años y significa, por lo menos desde mi mirada de hija simbólica de Simone de Beauvoir, la búsqueda de una nueva ética del amor, es porque existen algunos ingredientes que explican su éxito. Repito, es mi mirada sobre ese pacto. Sé que muchos y muchas nunca creyeron en él y no es propósito mío tratar de convencerlos. En cuestión de amores, cada una, cada uno es dueño de la teoría.

Trataré entonces de hablar de los ingredientes que lograron hacer funcionar el pacto Sartre-Beauvoir.

Como ya lo mencioné al principio, tal vez Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre entendieron más rápido que cualquier otro u otra que amar es ante todo aceptar la carencia, que no hay manera de reconciliar pasión amorosa e inquietud o libertad; entendieron que no hay otro, u otra para uno, y que no se le puede pedir al amor lo que el amor no

puede dar. Tal vez supieron desde sus primeros encuentros que demandar amor es pedir algo que el otro amado no puede dar y es a menudo ofrecer al otro lo que ese otro no necesita. Y lo entendieron desde el amanecer de su amor, cuando las mujeres común y corrientes lo entendimos cuando ya era tarde o nunca... Probablemente, gracias al pacto que supieron construir sobre la base de un constante ejercicio de una verdadera libertad, pero también sobre una enorme complicidad intelectual y mucha inteligencia, su amor se volvería legendario. Para ellos fue claro —y con esto, una vez más, no estoy diciendo que fueron inmunes al dolor— que la posesión es un imposible y que el otro, la otra siempre subsiste en su diferencia. Aún cuando ellos dos se llamaban “mi dulce amor”, aprendieron a reconocerse en lo que significa la diferencia existencial de dos sujetos libres y autónomos. Aceptaron el albur de amarse libres porque en el fondo sabían que la soledad es el meollo de la condición humana. En ese sentido estaban construyendo verdaderamente nuevos guiones para el amor, nuevas maneras de vivir a dos.

En la Francia de los años 30, Simone ya es capaz de rechazar todos los conformismos y roles prescritos para las mujeres en cuestión de vida amorosa. Ya sabía, o presentía, pues lo aclarará 20 años más tarde en *El segundo sexo*, que las condiciones culturales que rodean el matrimonio y la maternidad no eran para ella pues significaría un costo demasiado grande y un freno a sus ganas de vivir a fondo que no estaba dispuesta a pagar. De alguna manera nos estaba diciendo que cualquier mujer que haya conocido el goce

de existir por sí misma no va a dejar pasar la oportunidad histórica que le permite *"celebrar el amor y el erotismo desde esta magnífica y temporal residencia que es la vida"* como lo dijo más tarde Gioconda Belli, esta poeta sandinista, revolucionaria y feminista. Simone nos enseñó entonces que solo desde la separación o sea desde el propio reconocimiento y afirmación de sí misma, es posible el amor. Y sí, estamos lejos del "yo soy tú, tú eres yo y los dos somos por fin uno solo" del viejo bolero y de los amantes tradicionales. Simone pagó el precio de esta inaugural manera de vivir y de amar. Claro que sí, pero esto no le quita nada a lo que nos dejó. Y es en ese contexto que su tan famosa frase sobre las mujeres y el amor, toma todo su sentido. Todos y todas la conocemos pero la quiero volver a hacer presente hoy cuando hablamos de sus amores personales:

"El día en que la mujer pueda amar con su fuerza y no con su debilidad, no para huir de sí misma sino para encontrarse, no para renunciar sino para reafirmarse, entonces el amor será tanto para ella como para el hombre una fuente de vida y no de mortal peligro".

Por cierto y por ser mujer es más fácil para mí hablarles de Simone y su inaugural manera de amar y siento que no podría afirmar lo mismo desde la mirada de Jean Paul Sartre. De lo que si estoy segura es que Sartre nunca criticó a Beauvoir ni en sus escritos, ni cuando apareció *El segundo sexo*, ni cuando ella se enamoró profundamente de Nelson Algren en Estados Unidos, ni cuando rechazó la maternidad. Y Sartre también conoció los celos, los duelos y las decepciones. Sin embargo

hasta el final no hay una sola línea del uno o de la otra que no fue discutida. Sí, de hecho, el último libro de Simone *La ceremonia de los adioses*, es el único texto que Sartre no pudo comentar, y discutir con ella.

Quisiera ahora y para terminar tratar de sintetizar lo que el pacto Beauvoir-Sartre nos dejó o por lo menos, me dejó. Lo que he llamado y sigo llamando una nueva ética del amor. El amor de ellos hizo historia porque supo acoger los conflictos con generosidad lo que permitió madurar en la aceptación de la incompletud y de la diferencia. Simone de Beauvoir aceptó ser para Sartre la otra privilegiada, ese amor necesario, más no la otra única y exclusiva. Y así ellos nos dejan el modelo de un amor que construye lugares para el otro, para la otra, donde existen espacios para respirar fuera de la relación, que permiten enriquecerla y alimentarla del exterior. Un amor que, en lugar de la fusión asfixiante y absolutizante, instaura la preferencia, permite la distancia, los otros, el mundo y su complejidad. Un amor más fraternal que pasional, en el cual la complejidad, una cierta ternura, la complicidad, mucha inteligencia y el discurso, sustituyen la ceguera pasional y en donde el juego infinito de los mutuos fantasmas reemplaza el amor-sufrimiento. Y quiero enfatizar una vez más que no se trata de un amor con menos dolor pues leyendo y releendo las Memorias de Simone de Beauvoir, lo entendemos. Ni con menos dolor, ni con menos dificultades, sino con otro dolor. No un dolor de frustración, muerte y negación del otro, sino de aceptación de la soledad, de la libertad y de la inquietud, en cuanto meollo de nuestra condición humana. Un dolor que civiliza en lugar de aniquilar.

Con la particular relación de Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre, quise rendir un homenaje a los amores exigentes y difíciles que se viven como un imposible asumido, estos amores que construyen, desde una ética del respeto al otro, a la otra, civilización, humanidad y cultura. Creo firmemente que estos dos monstruos de las ideas, de la inteligencia, del compromiso político y de la lucidez, lograron entonces el milagro de reconciliar esta sed endémica de la libertad y de la autonomía que los habitaba con la imperiosa necesidad del amor. Por algo hoy, los dos reposan el uno al lado de la otra en uno de los más bellos cementerios de París, el cementerio de Montparnasse. Por fin están juntos para siempre.

Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre, ¿una pareja emblemática? Sí. Diez veces sí.

Citas

1 Jean Paul Sartre fue recibido con el primer puesto de Francia y Simone con el segundo, con solo dos puntos menos que él, ella de 21 años y él de 24.

2 Tomado de: *Les cahiers du Grif, L'amour et les femmes*, Editions Complexe, 1992.